

EL DÍA QUE CAMBIÓ MI INFANCIA

Autor: Miguel González Quevedo

El mes de diciembre de 1947 estaba en sus inicios, unos meses antes había comenzado por primera vez el curso escolar que para mí en realidad había sido una liberación; desde que murió mi padre cuando yo tenía dos años había sido un niño a una falda pegado, el colegio me abrió las puertas a una convivencia con otros niños, este curso ya había cumplido los cinco años y por tanto iniciaba mi vida escolar en un colegio municipal, creo que se llamaba y se llama “Menéndez Pidal” en el Barrio del Rabal de Barcelona.

Aquella tarde, como la mayoría de las tardes, después del colegio tocaba reclusión en casa hasta la hora de la cena. Mi madre se ponía ante la máquina de coser y se pasaba las horas confeccionando pantalones para una tienda de ropa que había en la calle Hospital, ella cosía..., cosía..., cosía... mientras yo al principio jugaba un poco pero al cabo de un rato me aburría..., aburría..., aburría. Hasta que llegaba un momento en el que acababa siempre lanzando la misma frase: Mamá... me aburro.

Normalmente ella me contestaba con una guasa o un exabrupto por pesado y reiterativo pero aquel día paró la máquina de coser y lentamente se volvió hacia mí, me miró y suavemente me dijo:

-¡Si mi cariño, mi trocito de cielo! Ya sé que te aburres, por eso tu mamá que te quiere mucho te ha buscado un colegio donde estarás muy bien, jugarás mucho, tendrás muchos amigos y nunca más te aburrirás. ¿Verdad que te gustará ir a un colegio así?

A mi aquella propuesta me pilló completamente desprevenido y asustado ¿Qué quería decir con aquellas palabras? No estaba nada seguro de lo que significaban por eso me previne.

-Pero es que en este colegio que voy ya me lo paso muy bien -contesté.

-Pero en el otro estarás mucho mejor y además el día de mañana podrás ser un hombre de provecho -me dijo tras varios tiras y afloja. Aunque tampoco sabía que quería decir aquella afirmación pero eso debería ser muy importante de la forma como me lo dijo. De todas formas después de mucho rato acabé empezando a ceder y asentí con un casi inaudible ¡bueno! que ella oyó perfectamente.

Entonces me informó que después de que pasasen las Navidades y los Reyes me llevaría a aquel colegio y me informó que estaba muy lejos de Barcelona pero que por vacaciones vendría a buscarme para pasarlas juntos en casa.

Esto ya me escamó de tal forma que me dio la impresión de que había hecho el tonto; pero bueno de momento tenían que venir primero las fiestas de Navidad y entonces ya me suponía que lo bueno tardaría mucho en llegar. Lo que no sabía que para navidades apenas faltaban tres semanas y antes de un mes ya abrían llegado los Reyes. A los cinco años se tiene una idea muy vaga del transcurrir del tiempo.

En el mes de enero ya habían pasado las fiestas y todo seguía igual, continuaba en el mismo colegio y ya no habíamos vuelto a hablar del tema, hasta yo mismo me había olvidado totalmente.

Un domingo por la tarde mi madre y yo fuimos de visita a casa de mi tío José María y al poco rato llegó también mi tío Paco nos sentamos alrededor de la mesa del comedor y entonces el tío Paco sacó unos papeles de una carpeta y empezó a explicarle a mi madre para que servían.

-Estos son los billetes del tren de Barcelona hasta Miranda de Ebro, allí tendréis que cambiar de tren y con estos otros seguir hasta La Coruña donde llegareis dos días después por la mañana, allí tendréis que hacer noche y al día siguiente en la estación de Coruña tendrás que comprar los billetes hasta el pueblo de Padrón donde llegareis al medio día. Entonces dejas al niño en el colegio y te vuelves el mismo día haciendo el camino a la inversa.

Como dijo Cesar en una ocasión "ALEA JACTA EST" la suerte estaba echada.

A partir de aquel domingo ya se difundió la noticia entre todos los conocidos del barrio, en los colmados, tiendas, en todas las paradas de la Boquería donde mi madre era cliente habitual, yo todavía no entiendo por qué todas las dependientas me mimaban y me aseguraban que tenía una gran suerte pues en aquel colegio estaría muy bien, jugaría mucho y tendría muchos amigos.

El día anterior a la marcha mi madre se llevó un ajetreo superior al normal teniendo que prepararme una maleta con mi ropa y un par de bolsas para llevar la comida suficiente para al menos tres o cuatro días que era el tiempo que tardaría en llevarme al colegio y volverse a Barcelona.

Hay unos recuerdos que sesenta y cinco años después todavía los guardo vivos en la mente, algunos son tan sencillos que parece imposible que sigan allí.

El equipaje estaba preparado, sonó el picaporte de la puerta, mi madre fue a abrir; era un tío mío que venía a ayudarnos a ir hasta la estación, mi madre antes de salir cogió una bolsita pequeña de tela y con un imperdible se la enganchó en el sostén, era la parte más importante del capital que disponía para todo el viaje.

En el andén de la Estación del Norte estaba toda mi familia en pleno para despedirme, fue la explosión más grande de cariño besos y abrazos que he sentido en mi vida (en los viajes siguientes solo venían unos pocos y sin ninguna efusión). Aquel día era la novedad.

El compartimento del vagón de tercera que teníamos asignado parecía el de los Hermanos Marx. La locomotora lanzó su silbido al aire y todos salieron corriendo para bajarse antes de que arrancase, desde la ventanilla veía un montón de pañuelos agitándose en un interminable adiós hasta que mi familia se fue haciendo pequeñita por la distancia y entonces el convoy cogió la primera curva y desaparecieron de mi vista, ya no volví a verlos hasta dieciséis meses después.

La ciudad de Barcelona se quedó atrás el tren fue atravesando campos, ríos, poblaciones, yo miraba extasiado por la ventanilla totalmente embobado, mucho rato después un pasajero me comentó que acabábamos de dejar Barcelona a lo que le respondí extrañado que ya hacía mucho tiempo que habíamos salido de allí.

-¡Si, claro -me dijo- de la ciudad de Barcelona hemos salido en seguida, pero ahora ya hemos dejado atrás la provincia y estamos en Lérida.

Fue mi primera lección práctica de geografía, ni sabía lo que era Lérida ni una provincia.

Al mediodía del segundo día llegamos a La Coruña donde tuvimos que ir a una fonda hasta el día siguiente en que por la mañana teníamos que coger un tren hasta Padrón.

Por fin al mediodía llegamos al pueblo que iba a ser mi hogar durante siete años, desde la estación hasta el pueblo tuvimos que seguir una carretera cargados con la maleta y las bolsas, se me hizo muy largo y pesado el camino en el pueblo mi madre preguntó por el colegio y siguiendo las indicaciones que nos dieron atravesamos un puente sobre el río Sar y un poco más adelante nos encontramos con el gran caserón de piedra que era mi destino.

Salió a recibirnos una monja que estuvo realizando los trámites de ingreso con mi madre, un recuerdo nebuloso me parece que tuvo que entregarle a la monja mi cartilla de racionamiento, y después de concretar alguna cosa mi madre me abrazó muy, muy fuerte y me cubrió de besos, acabando

con la consabida cantinela de “pórtate bien con las monjitas” etc. La monja se me llevó para dentro del edificio.

Fuimos al ropero y me dieron un sencillo uniforme de trapillo con el que allí mismo tuve que vestirme y mi ropa se quedó guardada en la maleta hasta que llegasen las vacaciones.

Entonces la encargada me enseñó dos números grabados en un trozo de tela y me preguntó ¿sabes cuál es este número? —con un movimiento de la cabeza le indiqué que no.

-Pues apréndetelo bien, este número es el cincuenta y dos, es el que tienes grabado en toda tu ropa.

En aquel momento dejé de ser el Miguelito, desde entonces fui el Quedo o el cincuenta y dos, el espíritu del Miguelito se había quedado en Barcelona.